



COPA AMÉRICA

El guardapelo CARLOS GAGINI

Vuelo supremo JULIÁN MARCHENA





“El guardapelo”, de Carlos Gagini.

“Vuelo supremo”, de Julián Marchena.

Agradecemos la colaboración de Juan José Panno (www.cuentosymas.com.ar) y de Marcos Cezer, de Ediciones Al Arco (www.librosalarco.com.ar).

Diseño de tapa y colección: Plan Nacional de Lectura 2011

Colección: Pasión por leer 2011

PLAN NACIONAL
DE LECTURA



MINISTERIO DE EDUCACIÓN DE LA NACIÓN

Secretaría de Educación

Plan Nacional de Lectura 2011

Pizzurno 935 (C1020ACA) Ciudad de Buenos Aires

Tel: (011) 4129-1075/1127

planlectura@me.gov.ar - www.planlectura.educ.ar

República Argentina, 2011

El guardapelo

Carlos Gagini

El baile estaba en su apogeo. Sobre el entarimado cubierto de lona, se deslizaban centenares de parejas al compás de un vals arrebatador, con la serenidad y elegancia de los cisnes que escarcean en apacible lago. Todos los pechos estaban palpitantes, todas las mejillas encendidas, todos los ojos resplandecientes de placer; sólo en el hueco de una puerta, un joven alto y simpático seguía con mirada indiferente los vertiginosos giros de la danza, haciendo un gesto extraño, mezcla indefinible de impaciencia y de fastidio. De cuando en cuando alguna señorita le saludaba al pasar con amistosa sonrisa, o un caballero le dirigía la palabra: él respondía cortés y brevemente y continuaba mirando el desfile de la abigarrada muchedumbre, cuyos cabrilleos semejaban las infinitas y vistosas combinaciones de un calidoscopio.

Sin embargo, cualquier desocupado habría podido advertir en aquel rostro de hielo una sacudida nerviosa cada vez que a la puerta se aproximaba una de las más bizarras parejas, y aun ciertas miradas de inteligencia cambiadas con la rapidez del relámpago entre el impassible espectador y la joven valsadora.

Era esta una de esas mujeres que pueden calificarse de peligrosas: de cuerpo bien modelado, hermosura deslumbradora y altivo porte. Reunía a tantos atractivos una coquetería casi infantil, de irresistible poder y embriagadora seducción. Sus ojos, orlados de largas pestañas, fulguraban como dos diamantes negros heridos por el sol; la nariz de corte picaresco y atrevido, los labios algo gruesos y la barba dividida por delicioso hoyuelo, daban a su fisonomía expresiva malicia, y su risa franca y la gallardía de sus ademanes y movimientos, denunciaban a una de esas reinas de salón, acostumbradas a las conquistas y hastiadas de uncir nuevos esclavos a su carro triunfal.

Fuese premeditación o casualidad, que al terminar el vals ocupó nuestra heroína un sillón cercano a la puerta donde permanecía todavía inmóvil el personaje que con tanta insistencia la había estado mirando. Ancho corro de galanes se formó en torno a la beldad, disputándose el favor de una palabra o el tesoro de una sonrisa; pero a poco el caballero de la puerta se acercó pausadamente, y abriéndose paso entre los cortejantes presentó el brazo a la dama. Ella se levantó entonces cual si fuese cosa convenida de antemano, y ambos atravesaron por la sala en medio de los murmullos y secretes de los que notaron la salida de la gentil pareja.

Por fin estaban solos, frente a frente, en uno de los gabinetes de descanso contiguos a la sala. Por la rendija de las dos pesadas colgaduras de terciopelo granate, penetraba el inmenso murmullo de la concurrencia, como el continuo y sordo rumor de un mar invisible. Se respiraba un ambiente tibio y saturado de emanaciones voluptuosas.

Ella, con el codo apoyado en la consola, le miraba con aire burlón y risueña; él, serio, sombrío, jugueteaba maquinalmente con el abanico abandonado sobre el mármol.

—Angelina —dijo él después de un embarazoso silencio—; dentro de un rato me retiraré del baile, pero antes quiero cumplir la promesa que hice a usted esta mañana.

—Puede usted comenzar cuando guste, Camilo —replicó ella mordiéndose los labios como para contener la risa, pero disimulando mal la turbación que la embargaba—: no parece sino que va usted a hacerme una declaración amorosa.

—No se equivoca usted: es la declaración que usted esperaba hace mucho tiempo.

—¡Camilo!

—Veo que la lastima mi ruda franqueza, y le pido mil perdones, pero no retiro mis palabras. Usted, acostumbrada a ver rendidos a sus pies los galanes más rebeldes, cansada de responder a infinitas declaraciones amorosas; usted, que leía en mis ojos la pasión que me estaba consumiendo, se sentía ofendida por mi silencio y ha debido preguntarse muchas veces con despecho: “¿Cuándo caerá este?”. Pues bien, yo, más orgulloso todavía que usted, me había jurado no proporcionar nunca esa satisfacción a su vanidad de mujer; he luchado mucho y... ya lo ve usted, he salido vencido y vengo a arrastrarme a sus pies como los demás. ¿Está usted satisfecha?

Angelina se puso seria. Otra pareja penetró en el gabinete, obligando a Camilo a bajar más la voz.

—Usted no ignora que dentro de quince días me uniré en matrimonio con una señorita hermosa, sencilla y buena, que me adora como a un dios, sin sospechar la bajeza y falsedad del hombre a quien va a dar su mano. Sí, fue una infamia. Cuando en presencia de sus honrados padres prometí llamarla mi esposa, cuando después a solas juré amarla eternamente, un rayo del cielo debiera haber castigado mi perjura lengua...

—Pero si usted no la quiere, ¿por qué se va a casar? ¿No sería mejor romper con ella?

—Porque es demasiado tarde para retroceder y sería vil, inicuo, matar ilusiones que yo mismo hice brotar en un alma candorosa; porque romper el compromiso es asesinar a una pobre niña con el crimen del amarme mucho, mientras que casándome con ella labro mi desdicha, es cierto, pero ella será feliz y yo haré lo posible por no disipar su ensueño. Antes de conocerla a usted, Angelina, soñaba yo con las delicias de un hogar tranquilo, presidido por una mujer virtuosa, sencilla, casera en una palabra; entonces fue cuando encontré a Luisa, y me dije: “Esa es la mujer que busco”. Le hablé, frecuenté su trato y llegué a forjarme la ilusión de amarla: ¡fatal ilusión que ha dado origen a una

cadena de mentiras sinceras! Usted me arrancó la venda de los ojos, haciéndome comprender la estupidez de amores tan... burgueses. Entonces pensé que un alma como la mía necesitaba otra apasionada y fogosa, capaz de cualquier sacrificio, llena de grandeza y de poesía, y me avergoncé de contentarme con un amor vulgar, con ese cariño apacible que en el matrimonio se transforma en simple deber...

En aquel instante se oyeron los acordes de la orquesta que prelu-
diaba una mazurca. La otra pareja que estaba en el gabinete, se mar-
chó al punto. Pero Camilo y Angelina no se movieron y él prosiguió
con viva emoción:

—Usted es la única mujer que puede hacerme dichoso: por usted,
sólo por usted, muy dispuesto a sacrificar mi honor, mi vida, mi con-
ciencia, dígame que me ama, que se casará conmigo, y rompo al punto
con Luisa, aunque tenga que marcharme para siempre de Costa Rica.

Algunos caballeros entreabrían de cuando en cuando las colgadu-
ras, buscando sin duda a sus respectivas parejas, y sonreían malicioso-
mente al mirar a los dos jóvenes; pero ellos no parecían advertirlo
siquiera.

—Voy a corresponder a su franqueza con otra mayor —dijo al fin
Angelina, visiblemente conmovida—: usted, Camilo, no me es indife-
rente, ¿a qué negarlo?, pero tampoco le amo. Las mujeres como yo no
pueden amar. Huérfana desde muy niña, criada con parientes vanido-
sos y ricos en una atmósfera de frivolidad y escepticismo, educada para
brillar en el mundo y viviendo de continuo en una sociedad tan ele-
gante como corrompida; yo, que me he mofado de tantos afectos y
jugado con el amor de los hombres; yo, que miro en el matrimonio úni-
camente el fin de una libertad agradable; yo... no me casaré nunca.

El joven dobló la cabeza sobre el pecho, abrumado por el tono
firme y terminante con que estas últimas palabras fueron pronuncia-
das; ella, dulcificándose un tanto, prosiguió con voz temblorosa:

—Pero aunque yo cambiara de modo de pensar, aunque le amara a usted apasionadamente, jamás aceptaría su mano a trueque de la infelicidad de una niña inocente y la deshonra del hombre a quien amo. Cásese usted con Luisa, le digo con sinceridad; estoy persuadida de que será modelo de esposa. Yo he nacido para vivir en los salones, para aturdirme en las fiestas, para ser la estatua fría y sin corazón a cuyos pies se quema incienso vanamente. Usted merece mucho más. Yo no podré hacerle dichoso: olvídeme, efectúe su matrimonio, váyase de Costa Rica.

—¿Esa es su última palabra, Angelina? —articuló Camilo con el rostro lívido y levantándose bruscamente.

—Sí —contestó ella densamente pálida, aunque con voz firme, poniéndose también de pie; pero al ejecutar el movimiento se desprendió de su cuello un guardapelo de oro que representaba un corazón incrustado de rubíes.

Lo recogió Camilo; pero cuando fue a devolverlo lo miró ella de tan expresiva manera, sin hacer ademán de recibir la joya, que él no insistió. Y guardando el medallón y dando el brazo a la beldad, murmuró a su oído, mientras le oprimía la mano rápidamente.

—Gracias: lo conservaré toda mi vida.

Dos semanas después se verificaron las bodas de Camilo y Luisa. No fueron aparatosas y espléndidas como correspondía a la fortuna y elevada posición de los desposados. Se casaron un domingo y partieron al día siguiente para Europa, donde proyectaban permanecer uno o dos años. Todos envidiaban la felicidad de la enamorada pareja, augurándole eterna luna de miel. Solo una mujer veía el fondo tenebroso de aquel paraíso y sabía el infierno que llevaba en el alma uno de los dos viajeros.

Una noche en que se daba un gran baile de suscripción en el Hotel Benedictis y en que Angelina, como de costumbre, era objeto de abrumadores obsequios, se advertía en su rostro una melancolía inusitada.

—¿Pero qué tiene usted esta noche, Angelina? —le decía el General X..., viejo mujeriego, atusándose los bigotes y dirigiendo miradas sensuales a los desnudos y provocativos hombros de la bella—. Está usted así... no sé cómo...

Ella contestaba sonriendo que no tenía nada, cuestión de nervios, y que era una tontería empeñarse en que algo le pasaba. Pero la verdad es que se hallaba triste sin saber por qué, y la animación creciente del baile parecía nublar más y más su frente de reina.

En un momento en que la casualidad la llevó a un asiento cercano a la señorita Ramírez —una de sus íntimas amigas—, esta, pasados los saludos y trivialidades de estilo, le dijo con el tono más natural del mundo:

—Supongo que sabrás ya lo de Camilo Aranda, aquel muchacho que hace ocho o diez meses se casó con Luisa Velasco y que, según malas lenguas, estuvo enamorado de ti.

Indescriptible fue el efecto producido por estas sencillas e intencionadas palabras: Angelina palideció primero, luego se puso colorada, sin poder articular una sílaba.

—¿Con que ya lo sabías? —prosiguió la señorita Ramírez al notar la alteración de su amiga—: ¿Verdad que es horrible?

—¿Qué quieres decir? —logró al fin balbucear Angelina—. No comprendo a qué te refieres...

—¡Hija, si lo sabe ya medio San José! Yo leí la noticia en *El Correo de la Tarde*, cuando comenzaba a vestirme para el baile. Parece que Camilo y Luisa, después de viajar algunos meses por Europa, habían

fijado su residencia en Cádiz. Según decires, hacía algún tiempo que no se llevaban bien, probablemente porque su antiguo novio se enredó con alguna... de poco más o menos. Es decir, esto no pasa de ser una conjetura sacada de lo que ahora voy a contarte. Una tarde en que Camilo estaba solo en su cuarto y Luisa había salido, los criados de la fonda oyeron una detonación: cuando acudieron encontraron a Camilo caído sobre su escritorio y con la cabeza destrozada de un balazo. En la mano izquierda, cerrada fuertemente, tenía un guardapelo, un corazón de oro incrustado de rubíes, con un diminuto retrato de mujer. El periódico trae todos estos detalles. ¿Qué te parece?

Angelina no contestó: con la cabeza inclinada y el pecho palpitante, no echó de ver que empezaba otra contradanza, hasta que un caballero se acercó a recordarle la pieza comprometida.

Entonces aquella mujer, que tantas veces había jugado con el amor, aquella reina altiva acostumbrada a uncir cada día nuevos esclavos a su carro triunfal, aquella estatua de carne incommovible y despiadada, se levantó maquinalmente para salir a bailar; pero una lágrima de fuego se deslizó lentamente por su mejilla aterciopelada.

Y cuando silenciosa y triste se confundió la joven con el torbellino de alegres parejas, aquella lágrima que temblaba aún en su faz demudada, brillaba con las luces del salón como diamante purísimo caído casualmente sobre la pálida corola de una azucena.



Vuelo supremo

Julián Marchena

Quiero vivir la vida aventurera
de los errantes pájaros marinos;
no tener, para ir a otra ribera,
la prosaica visión de los caminos.

Poder volar cuando la tarde muera
entre fugaces lampos ambarinos
y oponer a los raudos torbellinos
el ala fuerte y la mirada fiera.

Huir de todo lo que sea humano;
embriagarme de azul... Ser soberano
de dos inmensidades: mar y cielo,

y cuando sienta el corazón cansado
morir sobre un peñón abandonado
con las alas abiertas para el vuelo.





CARLOS GAGINI



(San José, 1865 – 1925). Se distinguió como educador y dirigió varios establecimientos de enseñanza, entre ellos el más destacado, el Liceo de Costa Rica. Su obra narrativa, nacionalista y antiimperialista protesta por el avance de Estados Unidos en América Latina y destaca el valor de la educación como elemento de progreso.

Notable filólogo, escribió Diccionario de costarriqueñismos sobre los localismos de Costa Rica y otras obras sobre gramática y vocabulario. Entre sus publicaciones se destacan las novelas *La caída del águila* y *El árbol enfermo* y una colección de relatos denominada *Cuentos grises*.



JULIÁN MARCHENA



Poeta costarricense. Nació en San José el 14 de marzo de 1897 y falleció el 5 de mayo de 1985. Publicó poemas de manera aislada y en 1941 fueron recopilados en un solo y único libro llamado *Alas en fuga*, el cual forma parte del repertorio de textos clásicos de Costa Rica.





Ministerio de
Educación
Presidencia de la Nación

PLAN NACIONAL
DE LECTURA



PROGRAMA EDUCATIVO NACIONAL
PARA EL MEJORAMIENTO DE LA LECTURA

PASIÓN POR Leer

2011



Secretaría de Deporte
Ministerio de Desarrollo Social



**COPA AMERICA
ARGENTINA 2011**



TV Pública
CANAL SIETE
Fútbol para tod@s